

# Literatura balnearia en España: Azorín y Baroja

José María URKIA ETXABE

Profesor Titular de la UPV/EHU

Correo electrónico: [comisiongipuzcoa@bascongada.e.telefonica.net](mailto:comisiongipuzcoa@bascongada.e.telefonica.net)

## RESUMEN

A partir de la obra literaria de Azorín *Veraneo sentimental*, que recoge la crónica de artículos periodísticos que escribió en 1904, se estudian los balnearios vascos de Cestona, Alzola, Zaldívar y Carranza. Es el mejor testimonio para un conocimiento cabal del paisaje vasco y al vida y la sociedad balnearia en todos sus aspectos. Baroja, amistad entrañable de Azorín, y cuyo cincuentenario de su muerte se celebra en este 2006, fue médico de Cestona, en 1894, por espacio de un año, y tiene una magistral referencia a su balneario y a su mundo.

**Palabras clave:** Balnearios vascos, literatura, Azorín, Baroja.

## ABSTRACT

Through the literary work of Azorin, “Veraneo sentimental”, which chronicles the newspaper articles he wrote in 1904, we are able to study the Basque resorts of Cestona, Alzola, Zaldivar and Carranza. This is the best testimony for an exhaustive understanding of the Basque countryside and of the resort life and society in all its aspects. Baroja, a dear friend of Azorin (we celebrate the 50th anniversary of his death this year in 2006), was a doctor in Cestona en 1894, for one year, and remembered Cestona’s resort and society with great fondness.

**Keywords:** Basque resorts, literature, Azorín, Baroja.

He escogido a dos escritores emblemáticos de la denominada generación del 98 para desarrollar el tema enunciado. Varias son las razones que me mueven a ello y quisiera justificarlas.

Azorín, José Martínez Ruiz, el que bautizó con mayor o menor fortuna a los escritores de su generación, es autor importante, quizás ya no leído como lo fue en su tiempo, pero digno del mejor recuerdo y admiración, con una prosa riquísima, preciosa y preciosista. Un hombre de estilo, al decir de Baroja. Sin disputa, y en el tema que nos ocupa, el escritor de Monóvar, es autor de obligada consulta y referencia, yo diría de inexcusable referencia como el mejor cronista balneario de principios del siglo XX. Azorín fue encargado por el Diario madrileño ABC en 1904, para que escribiera, in situ, crónicas balnearias de los centros minero-medicinales

de la costa Cantábrica, sin duda, los balnearios más notables y concurridos en aquella época, o por lo menos de los más importantes. Las crónicas balnearias de Azorín fueron posteriormente recogidas, en 1924, en un delicioso volumen, titulado *Veraneo sentimental*, de lectura recomendada para quien desee conocer la realidad, múltiple y riquísima del mundo balneario. El testimonio literario de nuestro autor alicantino, de aquellos establecimientos, la sociedad que acude, los personajes, etc., son excepcionales, por dos razones fundamentales, la riqueza informativa y la veracidad de su contenido, además del estilo literario y del precioso castellano en el que escribe.

Recorreremos con el maestro Azorín, referente de las letras españolas, ese veraneo sentimental, gracias a él, viviremos la vida y el mundo balneario de aquellos centros tan afamados, he escogido, por su importancia, algunos balnearios vascos: Cestona, Urberuaga de Alzola y de Ubilla, Zaldivar y Carranza. Dejando para otra ocasión los relatos de otros balnearios cántabros y asturianos: Solares, Santander, El Sardinero, Ontaneda (en donde sitúa un relato novelesco: *La novela de Ontaneda*), Caldas de Oviedo, llegando hasta el balneario gallego de Mondariz.

He justificado, creo, mi elección de Azorín, y ahora me preguntarán y porqué Baroja. Por varias y poderosas razones. Fueron tal vez, Azorín y Baroja, los dos miembros de aquella generación literaria del 98, que mejor se relacionaron, incluso diría, que se respetaron y admiraron, amistad de 1900 perdurable y sincera, en un grupo en el que la crítica y las descalificaciones de unos y otros no eran infrecuentes. Además, en el presente año de 2006, conmemoramos entre otras cosas: la concesión del premio Nobel a Cajal, la guerra civil de 1936, el cincuentenario de la muerte del escritor donostiarrá, 1956-2006. Además, porqué no decirlo, Baroja es escritor que aún hoy se lee con fruición, no ha perdido actualidad, son muchos los barojianos que admiran al “Hombre malo de Itzea”. Razones las hay, pero hay que añadir una más que justifique plenamente su presencia hoy aquí y es que Baroja fue médico de Cestona, allí ejerció la profesión durante un año y medio, luego la abandonó por las letras, pero existen en sus relatos, sobre todo en sus Memorias: *La última vuelta del camino*, interesantes y pertinentes referencias a Cestona sus balnearios, precisamente por idéntica o similar época de los relatos azorinianos, finales del siglo XIX y principios del XX, en suma una época ya desaparecida de balnearios decimonónicos, y de un mundo que se fue y que hoy trataremos de revivir gracias a Azorín y Baroja. Bueno es pues unir y ver juntos a Baroja y Azorín.

Quisiera añadir también que en estos frescos balnearios de fin de siglo, comienzan a tomar importancia los llamados baños de ola, que poco a poco irán creciendo en importancia, de ahí que yo he mantenido, por lo que respecta al mundo vasco-cantábrico, que los balnearios de aguas medicinales que permanecen y se mantienen serán aquellos próximos a estaciones marítimas, véase Cestona, Urberuaga, etc., frente a balnearios más de montaña y aguas sulfurosas que irán perdiendo predicamento.

Un apunte final antes de iniciarnos con Azorín en ese recorrido sentimental por los balnearios cantábricos.

Quisiera recordar que, como precedente, la novela realista española del siglo XIX, se ocupó también de los balnearios y de los baños de ola. Baste citar, entre otros, a Galdós, Pereda, Palacio Valdés y la condesa de Pardo Bazán. Pérez Galdós,

en el artículo: *El veraneante*, incluido en su obra *Costumbristas españoles*, enumera las concurridas playas cantábricas para cura de ciertas enfermedades. Lo mismo que en sus novelas: *La de Bringas* (1884) y *La familia de León Roch* (1878), habla del herpetismo, padecimiento que era cajón de sastre de todo tipo de dolencias, y no sin ironía se refiere a la sociedad herpética. Palacio Valdés pondera y alaba los baños de mar, los aires salinos, los tónicos vapuleos de las olas, como se puede apreciar y leer en sus obras: *Las de Becerril*, *Sotileza* (1885) y *Nubes de estío* (1891), sin omitir la ambientación que hace en los capítulos de *La Hermana San Sulpicio* (1884), describiendo el afamado balneario jienense de Marmolejo. Algo similar se encuentra en la obra *El viaje de novios* (1881) de Emilia Pardo Bazán. Esos mismos autores, y es pertinente recordarlo aquí, sitúan también a sus personajes en centros balnearios extranjeros, siempre se ha considerado mejor lo de fuera que lo de casa, de ahí las referencias a Vichy, Spa, Interlaken, Baden Baden, entre otros.

Pero iniciemos ya el viaje, situémonos en el año 1904, en la estación del Norte y acompañemos a Azorín en su viaje sentimental, por ferrocarril, hacia los verdes paisajes del Norte.

Mi propósito es relatar, en la medida de lo posible, con la prosa de Azorín sus experiencias y su agudo relato, el mejor medio para conocer lo que en realidad fue aquel mundo balneario.

## EXPECTATIVAS DEL VIAJE

Azorín justifica sus expectativas del viaje y lo hace de este modo:

El pequeño filósofo, amigos míos, va a salir de Madrid. No lleva su paraguas de seda roja –cosa impropia de la estación–, sino un quitasol gris con el forro de tela verde... Yo –os lo diré– he vivido durante todo el invierno alentado por un ideal secreto que, al fin, voy a satisfacer. Yo quiero verme, por las mañanas, cuando aún todo reposa, sentado ante las cuartillas, en el diminuto cuarto de un balneario. Yo llevo unas zapatillas de badana y un pequeño gorro; yo tengo cierto aire paternal y escéptico. Y en esta hora, en que la gente se levanta, en que van a abrirse todos los cuartos, yo salgo al corredor y voy marchando distraído, absorto, con un número del *Times* en la mano –no olvidéis mi tipo de sajón y mi monóculo–, atento a lo que puedo observar por los resquicios de las puertas.

Merece una digresión esa autorreferencia de tipo sajón que a sí mismo se da Azorín. Walter Starki, en su primer encuentro con el escritor de Monóvar, en 1924, vio en él algo de británico, algo enigmático, algo de viejo dandy.

Y yo me veo luego en un salón donde hay un piano, tal vez un poco desafinado. Es por la noche y yo me he vestido mi smoking diminuto. El salón está lleno, o casi lleno, de esta pintoresca humanidad de los balnearios. Hay un señor magistrado con el bigote gris, romo, y un bastón con una bola de plata; hay un ex director de Administración local que tose largamente, llevándose las manos al abultado abdomen; hay un rico propietario de pueblo, que ha sido alcalde y diputado provincial, y tuvo grandes amista-

des con Sagasta; hay un senador chiquito, que tiene una barbilla puntiaguda y unos ojos microscópicos, y que da golpes furiosos en el suelo con su roten cada vez que un criado tarda un segundo en hacer lo que él ordena con palabras incongruentes.

Pero yo no hablo con el magistrado, ni con el senador, ni con el propietario; yo examino las bellas señoras con sus trajes blancos, azules, rosados; unas son esbeltas, y con la tez pálida, marfileña, en que aparecen las venillas azules; otras son rebosantes, fornidas, encendidas, con una gordezuela sotabarba que se repliega graciosa-mente cada vez que se yerguen para contestar sonriendo a los saludos.

Pero no adelantemos los acontecimientos. ¡Quién sabe! Tal vez en estos balnearios no haya ni magistrados con sus bastones de puño de plata, ni damas que os regalen sonrisas de carmín. Yo, encamino, hacia lo desconocido. ¿Qué es lo que me reserva el destino en viaje? ¿Qué tristezas o qué alegrías, nunca gustadas, van a hacerse en mi espíritu? No lo sé; ahora sólo se trata de cumplir con un sencillo deber de cortesía.

Amigos, amigas; el pequeño filósofo, s. d.

## EN EL TREN

Y Azorín inicia su viaje, con equipaje amplio y rebuscado, exprés nocturno, atiborrado de gente:

Las portezuelas se cierran, un confuso olor de violeta, de piel de España, de jazmín, un intenso e inconfundible aroma de mujer se ha esparcido por todos los coches, suena un campanillazo, la locomotora responde con agrio silbido y el tren, lento, tarde, se pone en marcha.

La prosa de Azorín, tan prístina, tan detallista repleta de acertados adjetivos y mil detalles, nos da una real visión fotográfica de todo lo que ocurre en ese trayecto hacia el Norte, paisajes de Castilla, Ávila, Valladolid, el Campo Grande, Medina, Venta de Baños, Burgos, en donde asoman los calados pináculos negruzcos de la Catedral; Miranda de Ebro, Pancorbo y la llanada alavesa. Hasta contemplar el intenso paisaje vasco.

No he dicho, pero tal vez lo han adivinado, el primer destino de nuestro viajero es el famosísimo balneario de Cestona, el Carlsbad vasco.

Pero merece la pena, por lo que tiene de singular, la descripción del paisaje vasco, que subyuga a Azorín, paisaje y paisanaje, que relata y detalla con su pluma tan certera y maestra:

La vía se pierde entre la angostura de dos colosales vertientes; un tupido verdor, jugoso, húmedo, cubre las quiebras; las hondonadas; los barrancos; aparece, a intervalos, entre la inmensa mancha verdosa, la nota roja de una vaca que pasta, o los blancos manchones de un rebaño. Y arriba, las aristas peladas, limpias, de la montaña, destacan radiantes, luminosas. El tren corre vertiginoso; cuatro, seis, ocho túneles son recorridos con un estruendo formidable; se abren ante la vista diminutos valles, con las laderas cultivadas en cuadros y recuadros, de pintorescas gradaciones; un riachuelo manso, lento, desliza entre el bosque, a lo largo de los rieles, sus aguas silenciosas...

## LA DILIGENCIA

El tren se detiene en Zumárraga y aquí por diligencia se llega hasta Cestona. Azorín muestra cierto reparo hacia ese medio que considera muy incómodo, solo quedan asientos de tablilla y tiene miedo a alguna caída o el zarandeo de la diligencia, y sin embargo, otra sorpresa le depara.

Y no sucede nada, es decir, no hay vuelcos, ni muertes, ni averías, ni tropiezos, ni encontronazos y apunta este texto:

En una carretera del interior de España, esta masa enorme que la diligencia lleva sobre cubierta, haría que al menor vaivén el coche se volcara; mas aquí, el mayor-domo deja caer de pronto, suavemente, en silencio, su látigo sobre el lomo de los caballos, y la diligencia parte rauda, callada, suave, plácida, por una carretera llana, sin polvo, como el piso uniforme y liso de un salón asfaltado. Y no hay gritos, ni canciones, ni denuestos, ni trallazos, ni blasfemias; vosotros que habéis viajado en los destartalados carromatos levantinos, andaluces y castellanos, sentís una viva sorpresa. De tarde en tarde, el mayoral, este hombre sencillo, patriarcal, con zapatillas y boina, susurra una enrevesada palabra vasca. Y los caballos, un momento remisos, prosiguen con su trote ligero sobre el plano limpio y resbaladizo del camino. A un lado, a la izquierda, se yergue una empinada ladera exornada de robles y castaños; a otro lado, a la derecha, un río pasa manso, verdoso, entre bosquejo lujurioso. Y veis, allá en la ingente lejanía, colgadas, agarradas a la tierra, casitas blancas, con la techumbre roja, que se os antoja que van a comenzar a rodar por las laderas. Y un chivo, con su larga perilla blanca, os mira con su ojo inmóvil, escondido en la fronda. Y unos cerdos, jaros, rosados, limpios, lucientes, corren y hociquean en los remansos.

Y a la banda siniestra, ingentes peñascos, acantilados lisos, han sucedido a la tierra muelle y llena de césped, y el agua desciende impetuosa, espumeante, por las quiebras, y llega a recogerse en una lucidora hebra de plata que corre a lo largo del camino.

Y la diligencia sigue suave, pausada, sin un contoneo, sin una desviación, sin un tropiezo, sin un golpazo. La carretera contornea, serpentea, en lo hondo; los bosques húmedos de castaños y robles siguen cubriendo las montañas; tal vez un bancal de cáñamo amarillento rompe la monotonía verde; una ringla de copudos nogales forma a trechos sobre el camino una bóveda sombría. Y, de pronto, el coche retumba en las callejas de Azcoitia, en que los alpargateros trabajan en sus banquetas lustrosas; y luego la mole gris del monasterio de Loyola se perfila en la lejanía y después, otro pueblillo, Azpeitia.

## LA LLEGADA A CESTONA

Azorín está encantado y admirado por lo que llama maravilloso paisaje vasco, al que dedica preciosas descripciones. Describe Cestona, el pueblo, que está en el fondo de una angosta cañada, el río Urola se desliza a lo hondo y bordea la carretera. Y los viejos árboles, con troncos cubiertos por la hiedra, se alzan a uno y otro lado del camino e inclinan sus ramas amorosas sobre el viandante.

Era inevitable que en Cestona nuestro Azorín recuerde a su amigo Baroja. “Este pueblo, Cestona, de piedras viejas, negras, nobles, ha sido llevado por un novelista insigne, Pío Baroja, a las páginas de *La Casa de Aizgorri*”. Se refiere luego a la fonda Alcorta: “una de esas fondas vascas, de pueblo, tan simpáticas, en que os dan silenciosamente dos o tres platos de un condimento sólido, limpio, y en que hay una viejecita que sonrío y guiña los ojos cuando le habláis en castellano”. Pero no nos detengamos en el pueblo, el hotel tremendo del balneario espera.

La llegada al balneario contraría algo al ilustre Azorín. Las horas balnearias, lentas, muertas, apacibles, permiten demoras largas hasta que en la recepción alguien acude a atender a los recién llegados. Son las siete de la tarde

## ENTRAD EN CESTONA

El balneario se levanta en el seno de la hondonada; extended vuestra vista delante de vosotros, por detrás, a la derecha, hacia la izquierda: un muro verde de montañas jugosas, chorreantes, cierra el horizonte. Acaso un pedazo de peña lisa, pulimentada por las nieves, negruzca, asoma entre el follaje; mas luego otra vez la fronda recomienza, exorna los picachos, llena las grietas, se mezcla y funde, al fin, allá en la cúspide, con la neblina gris, suave, que se desgarran en el ramaje y oculta el azul de la atmósfera.

Y un río ancho, profundo, sosegado, muerto, verdoso, culebrea abajo, lamiendo las paredes del balneario, y el rumor sordo y perenne de una esclusa, en que las aguas se deshacen en blanca espuma, llena los aires y retumba en la noche con estruendo de lejano oleaje... Entrad en el balneario: es una inmensa edificación gris, con las techumbres de plana teja rojiza. Un vestíbulo, con tres arcos de berroqueña piedra, se abre ante la puerta; luego, el zaguán aparece ancho, adornado con dos grandes jarrones verdes. Y un pasillo conduce al fondo, donde ante una puerta rezan grandes letras doradas: *Comedor*; y otro pasillo corre por la derecha, y otro se aleja hacia la izquierda. Aquí, a lo largo del muro, destacan las puertecillas de los cuartos del piso bajo, las de los lavabos, las de la administración, las de la consulta. Otros dos grandes corredores arrancan también perpendiculares a éste: el uno conduce a los comedores especiales, donde yantan los que viven a régimen, al de la mesa redonda y a las cocinas; el otro lleva al salón de fiestas, al café y a la sala de juego... Todo esto es clarísimo y tangible, lector amigo; es algo así como cuando un morador de una ciudad que desconocemos nos indica que, para encontrar lo que buscamos, vayamos por la izquierda, y luego por la derecha, y después torzamos una esquina, y más tarde atravesemos una plaza. Mas el cronista fiel no ha de detenerse en estos livianos escrúpulos. Y así ha de deciros, prosiguiendo en su narración, que el comedor de las letras doradas es espléndido, inmenso, lleno de diminutas mesillas blancas, donde el bañista devora los manjares en absoluta autonomía; y he de añadir que los otros son más prosaicos comedores, donde los hombres sencillos y modestos se acomodan. Y no será puntual y exacta esta crónica si no ascendemos por la ancha escalera y damos un vistazo al primer piso, y luego llegamos hasta el segundo y desparramos también nuestra mirada, y después hacemos lo mismo en el tercero. No es gran cosa lo que acabamos de contemplar: un amplio corredor desnudo, con el piso de sonora madera, nos ha hecho ver de un golpe toda la larga fila de las puertas que cierran los cuartos de los bañistas... Entremos en uno: he aquí una cama, una mesa, un lavabo, un

armario de luna, una mecedora y un sillón de mimbres. La ventana nos muestra el jardincillo que se extiende ante el balneario, o bien –si el cuarto es de la fila de enfrente– el telón propincuo de la montaña.

¿Y qué hemos de hacer cuando hayamos visto y escudriñado el cuerpo principal del edificio? Nos queda la galería de cristales; yo sospecho que en todos los balnearios existe una galería de cristales. Tal vez es esto una aprensión insana; mas ello no ha de ser óbice para que nosotros nos encaminemos con discretos y sosegados pasos por el corredor de la izquierda, a cuyo lado se halla la ancha bóveda acristalada, tendida, de través, sobre las aguas muertas y verdosas del río. Y ya en la galería –de donde parten otros pasillos hacia los baños–, nos llegamos a unos largos soportales cubiertos, donde se halla dispuesta la peluquería de la casa, y un pequeño bazar, y las oficinas del telégrafo. Paralela a los soportales, corre una alameda sombría, con bancos en que los bañistas, cansados de pasear a la mañana el agua, reposan un momento. Pomposos matorrales de hortensias la adornan de trecho en trecho, y abajo, el río, el río eterno de aguas innobles, espejea las techumbres rojas y la silueta de las montañas.

¿Lo hemos visto ya todo? No, no; esperad un instante. Nos falta un edificio en que se halla instalada la administración de coches, y otro con las caballerizas, y otro, rumoroso, del que surte por sutiles cables la luz eléctrica. Y cuando hemos acabado de verlo todo, de inspeccionarlo y de volverlo a inspeccionar todo, entonces entramos por primera vez en los pasillos. Y no os asuste la paradoja: en los pasillos de Cestona sólo se entra definitivamente y en verdad cuando todo acaba de ser visto y revisto. Porque sólo entonces, cuando la *amara noia* del poeta ha comenzado a aparecer en vuestro espíritu, es cuando principiáis a experimentar la tiranía dulce e insacudible del pasillo. Y entonces es inútil que salgáis al jardín, o que cojáis un periódico en el gabinete de lectura, o que entréis a escuchar un rato la música en el salón de fiestas, o que hagáis chocar las bolas de marfil sobre el verde tablero; entonces será inútil todo, todo, todo: vuestros pasos, indefectiblemente, como guiados por un imán misterioso e incontrastable, os llevarán a los largos y fatales ámbitos del pasillo. Y allí comenzarán esos paseos sin fin y sin objeto que vosotros habéis dado muchas veces por las anchas cámaras campesinas, en los días de invierno, mientras fuera llovía; y os sentaréis en un sillón de mimbre en actitud de reflexiones hondas; y formaréis en un corro en que, entre bostezo y bostezo, se dice que hoy, que creíamos que iba a llover, no ha llovido, y que mañana es posible que llueva, porque ya van transcurridos muchos días sin que la lluvia caiga. ¿Es posible que este estado mental perdure? Vosotros os levantáis lentamente, con ademán de atáxico, y salís a la galería de cristales. Por esta galería pasan todos los tipos del balneario: ved al señor discreto y silencioso que lleva perennemente un libro en la mano, tal vez –éste es su secreto terrible– señalado siempre por la misma página; y el anciano de mirada melancólica y dolorosa que os sobrecoge y envuelve como en un efluvio de males y asolamientos desconocidos; y al clérigo cauto, que camina pasito, con su gorro redondo y su breviario; y la señora anciana, sabedora de todos los escondrijos afectivos de los bañistas, lista, viva, cuchicheante; y la damita esbelta, airosa, con su falda blanca y su blusa roja, que pasa taconeando rítmicamente sobre las tablas huecas...

Y cuando ya habéis visto, hoy lo mismo que ayer, todas las caras, todos los gestos, todos los ademanes, os sentís un momento confuso, perplejo, incierto de vuestras ansias y de vuestros deseos. Y de pronto, movidos por una fuerza invencible, os levantáis de vuestro asiento, y, paso tras paso, os encamináis hacia el pasillo. Y comenzáis de nuevo, como todos, perdurablemente, a marchar hacia arriba, hacia

abajo. Y otra ve os sentáis en el crujiente sillón de mimbres. Y otra vez decís que hoy, contra vuestros temores, no ha llovido, y que mañana es posible que llueva... Una campana acaba de tintinear llamando a la comida diaria. Entonces todos, uniformes, resignados, nos dirigimos hacia los comedores, de donde hemos de salir, tras breve rato, para continuar nuestros paseos monótonos por los pasillos implacables...

Completa Azorín su retrato con referencia a los timbres estruendosos de los balnearios a la hora de las 8, y hace una digresión sobre los timbres en España y su manera vehemente de tocarlos frente al estilo de los timbres ingleses y su manera discreta de manejarlos.

Larga descripción de los pasillos de Cestona: en Cestona sólo hay pasillos

Otra magnífica descripción corresponde a la comida en los balnearios, en este caso Cestona. Veamos el relato:

Pero es preciso sentarse a la tabla redonda. A mi derecha está don Leonardo; a mi izquierda se halla doña Matilde. Don Leonardo –de quien os hablaré otro día– pone, ante todo, en orden el vaso de agua, la copa de vino, los platos, el cubierto y el pan; él tiene una estudiada simetría, y si el vaso, la copa, los platos, el pan y el cubierto no quedaran colocados con arreglo a esta simetría, él no podría comer. Y en tanto que don Leonardo se emplea en este arte, a mi izquierda doña Matilde ha tomado en una mano la servilleta y con ella va limpiando cuidadosamente la cuchara, el tenedor, el cuchillo, el vaso, la copa y los platos. La sopa tarda en venir; todos miramos en silencio las operaciones de doña Matilde. Y sin querer, poco a poco, como obedeciendo a un oculto contagio, todos vamos también limpiando el cuchillo, el tenedor, la cuchara, las copas y los platos...

Y ya ha comenzado la comida. ¿Seréis conmigo tan crueles que me obliguéis a formular un juicio categórico sobre esta comida? Yo os diré que en todos los balnearios españoles existe la leyenda de Lhardy; en todos os dirán con misterio que un oficial o un jefe que fue de Lhardy, está encargado de la cocina. Después; cuando coméis una, dos o tres veces, sacáis del comedor la ligera sospecha de que este oficial o este ex jefe está un poco degenerado; mas os advierten, con el mismo misterio, que el oficial o el ex jefe son buenos, pero que el dueño del balneario no le facilita elementos, y entonces vosotros os figuráis a este buen jefe, a sete pundonoroso oficial, llorando abochornado después de cada comida y pateando de rabia sobre una cacerola.

La comida ha comenzado. La comida en los balnearios se hace con mil precauciones exquisitas; un enfermo del hígado o del estómago no puede comer de todo. Hoy don Remigio, con su cara pálida y sus miradas vagas, se ha lanzado a comer aceitunas; esto ha causado la profunda estupefacción de don Leonardo.

¡Caramba! –ha exclamado–. ¿Ha comido usted, don Remigio, tres aceitunas?

¡Y si hubiera salchichón, lo comería! –ha replicado fieramente don Remigio.

Todos le hemos mirado con un intenso asombro. He de advertir que en los balnearios el salchichón pasa por ser la cosa más terriblemente indigesta del mundo; los dueños lo saben y no ponen, aunque los maten, una rodaja sobre la mesa. Pero don Remigio, en este instante, en que se creía capaz de comer salchichón, no sabía que palabras salían de sus labios. Todos hemos sonreído después, cuando hemos com-



prendido que se trataba de una fanfarronada, y hemos continuado comiendo. Lentamente venían todos los platos; si es por la noche, una tenue y sedante claridad apenas si nos permite distinguir lo que nos llevamos a la boca, porque también he de advertir que, a mi pesar, en los balnearios se siente un ligero horror a la luz.

Si el cronista Azorín es particularmente interesante y riguroso en la crónica balnearia, lo es sobre todo en el retrato de los huéspedes, siluetas de Cestona, lo califica él, del balneario de Cestona. Asimismo lo será en el retrato de los empleados del balneario, desde su director, “repleto de archimundana y pintoresca sabiduría”, hasta la servidumbre de camareras, más de 60, y un sin fin de funcionarios del mandil, entre cocineros y pinches, botones, etc.

Y es que, lo dice Azorín, Cestona es un pequeño mundo en el que se alojan 324 bañistas, y celebridades médicas como Amalio Gimeno, atendían a los distinguidos bañistas.

Comencemos por retratar el mundo femenino, con el nombre de Conchita Isasi y Conchita Moreno y Cruz Ríos, Azorín nos presenta a dos mujeres tipos, que allí veranean. Nos advierte antes Azorín:

Has de saber, lector, que en toda reunión o congregación de mujeres hay siempre una, una sola, que las domina y sugestiona a todas y que hace que esa irradiación invencible se produzca de pequeños gestos, pequeños gritos, pequeños ademanes, pequeñas actitudes. Juntad 30, 40, 50, hacedlas vivir durante unos días o unas semanas en un hotel y pronto veréis cómo la hegemonía espiritual de una de ellas surge y se remonta sobre todas.

Retrata a Conchita Isasi como a:

Una mujer redonda, llena, gorduela, viva, expresiva, flexible, locuaz, reidora; no es una beldad que atrae por los ojos, ni por la boca, ni por las manos, ni por las líneas perfectas, impecables. Pero hay en ella algo de fuerte, impetuoso, de sano, de rebosante, de instinto puro y espontáneo, en una palabra, hay algo de esto que atrae y cautiva, como nos atrae y cautiva un bello y enérgico ejemplar de zoológico. Es una bailarina que luego estará en San Sebastián, Bilbao y luego irá a Suiza y finalmente a París. ¿Queréis una vida femenina más intensa y más bella?

Y sigue el relato:

Lleva una falda azul, una de esas faldas ahora en uso, cortas, que dejan ver el breve pie calzado de charol refulgente, aprisiona su busto hinchido en una sutil y blanca blusa cuajada de florecillas rojas. Un cinturón, en que brillan y rebrillan mil puntitos de plata, rodea su talle; y el peinado, bajo, en graciosas cocas, descendiende por los lados de la cabeza y casi oculta sus rosadas y diminutas orejas. Conchita se acerca ligera, con un peculiarísimo braceo –ahora también de moda– que en figura delgada y grácil tal vez disuene, pero que en su tipo, un tanto varonil, es un encanto. Y cuando pasa entre grupos todas las caras se vuelven hacia ella y se oyen palabras misteriosas de admiración y simpatía.

Frente a esta Conchita, Azorín nos retrata a otro tipo de belleza, es Conchita Moreno y Cruz Ríos:

Opuesta a la anterior, no es impetuosa, ni decidora, ni inquieta, ni errabunda, sus movimientos son suaves, discretos, dulces, es esbelta, delgada, harmónica y aristocrática. Lleva un traje blanco, nítido, impecable, y en la blancura resaltan, encendidos, el rojo cinturón y la corbata roja, y tiene algo extraordinario, sus manos, como las que pintaba Van Dyck –blancas, tenues, suaves, sedosas, ligeras, aéreas–. Yo contemplo como coge con ellas –enarcando ampliamente el brazo– la copa diáfana y moja en el agua transparente sus labios de carmín.

Se pregunta:

¿De quién es la hegemonía estética y espiritual del balneario? ¿De aquella Conchita redonduela y nerviosa o de ésta grácil y melancólica?

Azorín sentencia que Conchita Isasi es el ímpetu y la fuerza, es lo moderno, pero Conchita Moreno es la insinuación y la delicadeza, es la tradición.

Pero merece sigamos los relatos azorianos acerca del mundo femenino, que le interesa y analiza:

Y ya terminada la comida, paseamos por los largos corredores. Han vuelto a formarse en el pórtico los grupos de charladores, sentados en los blancos sillones de mimbres. De dos en dos, de tres en tres, las lindas muchachas marchan lentamente arriba y abajo. Comienzan a sonar, allá en el salón, los violines de la orquesta. Los caballitos giran rápidos sobre la verde pista. Un rumor de voces femeninas y cuchicheos alegres atruena el ancho ámbito... Yo veo como Conchita discurre entre los grupos, acompañada de Rosarito, su hermana, no menos linda. Otra señora va con ellas constantemente. ¿Quién es esta señora? Al llegar a este punto he de hacer una rectificación trascendental; yo, en una de mis crónicas anteriores, hacía seguir al apellido de Conchita de estos: *Cruz Ríos* o *Ramos*. Y bien; parece ser que Cruz Ríos o Ramos es el nombre de esta señora discretísima y elegante, que aparece a todas horas en compañía de Conchita y de Rosarito. Porque, ¿se llama, en efecto, esta señora Cruz Ríos o Ramos? ¿No es esto también un modesto seudónimo estival? Vivimos en un perpetuo y terrible logogrifo en Cestona. ¿Quiénes son estas damas misteriosas? ¿De donde vienen? ¿Qué hacen? ¿Adónde se encaminan? Yo no sé –me dice el director del balneario, fingiendo una irónica perplejidad–, yo no sé; la camarera que las acompaña es la que se ha entendido conmigo y me ha dado los nombres. ¿Quién es, pues, Conchita Moreno? ¿Quién es Rosarito? ¿Quién es la señora Cruz Ramos o Ríos? Yo he oído pronunciar, a propósito de Conchita, el título nobilísimo de marquesa de Dos Aguas y el no menos preclaro de vizcondesa de Bétera. ¿Quiénes son, realmente y en definitiva, estas damas? ¿Por qué usan estos seudónimos discretos?.

Pero no nos detengamos en estos intrincados problemas. El tiempo va pasando, insensible. Y poco a poco los corredores quedan desiertos. En los rojos divanes del salón, sólo destaca alguna *toilette* femenina. En la sala de juego cuatro o seis señores miran con mirada de tedio la rápida carrera de los caballos. Comienzan a apagarse las luces... Esta es la hora en que el balneario va a irradiar su alma recóndita y peculiarísima. Son las doce. Todo está ya en silencio. De trecho en trecho, la claridad de una luz solitaria forma un redondo resplandor ahogado por las sombras.

El mundo masculino le interesa mucho menos, sólo nos ofrece breves pinceladas de algunos tipos, militares, clérigos, o algún físico decrepito que se mueve con dificultad apoyado en el brazo de su esposa, de mucho mejor aspecto. Sin olvidar a aristócratas, y políticos y senadores de cualquier pelaje. De un ex alcalde, ex diputado provincial y gran cazador, Peralta, lo define: “tiene escopeta de dos cañones, un perro, un ajedrez, una maquinilla de hacer cigarros y un ejemplar de las *Doloras*, de Campoamor. Peralta, señala, viene todos los años, el día 12 de julio, invariablemente, a tomar las aguas nitrogenadas de Cestona. Eran cloruro sódicas, pero no es lo fuerte de Azorín la farmacología.

La depresión de don Leonardo, agüista de Cestona, músico, que toca virtuosamente la flauta y *Norma*, *Nabucodonosor*, *Un ballo in maschera* o *La Mutta de Portici*, tuvo un cierto disgusto, que fue perdiendo las ganas de vivir, de comer, sentir dolores vagos, le permite esto a Azorín filosofar acerca de la fugacidad de la vida, del dolor y de la salud:

- ¿Y ya no tocaba usted la flauta?
- Ya no volví a tocar más; una tarde que una criada revolvió un armario, dio una carcajada y se puso a tocar en una flauta para divertir a los niños. Era mi flauta; estos sones locos, estridentes, que la criada arrancaba de ella, me parecieron una ironía. Salí de la casa, bajé al huerto, miré a la luna blanca que salía a lo lejos y me dieron ganas de llorar.

Esto me ha dicho don Leonardo. La vida, lector, es una cosa extraña; estamos sanos; estamos fuertes; nos sentimos alegres, y de repente un día parece que caemos en un abismo; nuestra salud desaparece; nuestra jovialidad se marcha. Es un vaso de agua que he bebido ayer –decimos– y que me ha sentado mal, o: Acaso esta ráfaga de viento que me ha cogido de mal modo. Y no es nada de esto: es que nuestro profundo y misterioso destino ha cambiado, y que en las inexploradas regiones de lo desconocido se ha decretado que el Dolor y la Melancolía vengan hasta nosotros.

Para concluir con su estancia en Cestona, Azorín nos ofrece el retrato de algunos empleados del balneario: el director, el conserje, el mayordomo y la camarera mayor.

## SILUETAS DE CESTONA

### *El Director*

El director es un bañista como todos, indiferente, en la apariencia, que pasea por los anchos pasillos, que mira a través de sus lentes con descuido, que sube y baja y entra y sale, al desgaire, con su gorrilla gris y su americana cerrada. Es como todos, y ésta es su más alta cualidad. ¿Hay nada más molesto que un director obsequioso, pegadizo, que viene a susurraros unas palabras amables cuando vosotros tenéis ansia de soledad, que os advierte cosas que no necesitan ser advertidas, que sonrío extemporáneamente ante vosotros a todas horas y con todos los motivos?

Don Jacinto es oportuno y discreto. Entra en conversación en un corro sin engorrosas y complicadas cortesías previas, como al pasar, como aprovechando un minu-

to antes de ir a hacer una cosa; deja vuestra compañía sin saludos molestos, sin ofrecimientos, sin sonrisas, sin apretones de manos insoportables, como alguien a quien llaman desde lejos y se aparta provisionalmente de vuestro lado...

El director de Cestona es lo que más puede ser un hombre en el trato con sus convivientes: es natural. Y no pasa detalle, ni acaecimiento nimio, ni irregularidad en el servicio, ni desvío en los bañistas, ni flirteo sentimental, que el no atisbe, mientras pasa, a través de sus lentes. Y ya está en el pórtico, en el corro de los conversadores sentados en sus sillones de mimbres, ya entra un momento en la administración, ya se detiene en el café o asoma discretamente la cabeza por el salón de fiestas. Por las mañanas, el director va enfundado en su traje gris, mas en los balnearios es preciso cambiar de ropa según la marcha regular de las horas, y el director, tal vez por la tarde, abandona su predilecto traje y se viste otro oscuro con un chaleco blanco... Un coche acaba de llegar, con alegre rumor de cascabeles; suena un timbre ronco en el zaguán; sale el maletero precipitadamente; se acerca la camarera mayor; Plácido avanza lento, majestuoso, y el director, a discreta distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho —una de sus actitudes habituales—, contempla, erguida la cabeza, con su mirada perspicaz, escrutadora, cómo avanzan por la anchurosa entrada los bañistas llegados...

### *Plácido*

He hablado de Plácido en el párrafo anterior. Plácido es el conserje. El conserje de un gran hotel es siempre un hombre correcto, impasible, serio, silencioso y urbano. Plácido tiene la discreción del silencio. El conserje de un gran hotel no debe hablar jamás sino cuando es preguntado. Y entonces sus contestaciones deben ser rápidas, impersonales, objetivas. La objetividad: he aquí el grado supremo a que debe llegar el conserje de un hotel mundano y elegante. Plácido, ¿lo ha alcanzado? Plácido camina lento por los anchos salones del balneario; viste un correcto smoking, y sus ademanes y gestos son los de un excelente caballero que se ha avenido galantemente a prestaros esta clase de servicios y acatamiento. Y, ¿qué hace Plácido? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Por donde está cuando no se le ve por los pasillos?

La principal misión de Plácido es estar atento a los repiqueteos del timbre, que anuncia sonoramente que un coche acaba de llegar. Si Plácido perdiera uno solo de estos joviales campanillazos, Plácido sería profundamente desgraciado. Plácido es feliz; Plácido no los pierde. Y cuando a sus oídos llegan las sonoras ondas que la campana ha producido, Plácido adelanta sosegado, sin precipitaciones, por el zaguán, y luego sale al pórtico, y luego se llega hasta el coche y recibe en sus manos un paraguas, un bastón, una cesta de viaje, un abrigo, un sombrero, que él majestuosamente, paso a paso, conduce hasta el zaguán, donde, con el mismo sosiego, con idéntica majestad, pone, como quien cumple un ritual, en manos de la camarera mayor.

### *Antonio*

La campana llamando a la comida acaba de sonar. Un tropel de turistas se dirige hacia el comedor; vosotros os encamináis allí también. Y cuando ya os habéis sentado;

cuando ya habéis cambiado un amable saludo con la marquesita de Dos Aguas, con el señor Peralta, con don Julián, con el canónigo, con doña María; cuando ya habéis comenzado a sorber la sopa, un señor grave, vestido de negro, afeitado, con un frac correcto, se acerca discretamente a vosotros, llevando en sus manos un pequeño cubo y unas pinzas de plata, y os pregunta: ¿Quiere hielo el señor? Este es Antonio. Antonio no es joven; un maestresala joven no se concibe; sería un absurdo. Un maestresala debe haber traspuesto los linderos de la juventud, para poder así acercarse a todas las mesas y cambiar sus observaciones con las señoras. ¿Concebís a un mozo imberbe preguntando obsequiosamente a una dama que vosotros tenéis al lado cuáles son sus deseos?

Antonio está por completo dentro de su alto papel, por su edad, por sus ademanes discretos. Antonio no se apresura jamás. Con su servilleta bajo el brazo, Antonio pasea sosegado entre las largas mesas. De cuando en cuando, Antonio se acerca a un comensal que ha hecho pasar la fuente sin servirse y pregunta: ¿No le gusta al señor?; o bien, si habéis acabado de comer de tal o cual manjar y no os han quitado aún de delante el plato, Antonio se llega calladamente a vuestro sitio y os quita este plato ya inútil. Y hay en los ademanes con que realiza esta operación un arte profundo y exquisito. Antonio se para un brevísimo momento al lado vuestro; luego extiende su brazo; después lo arquea con calma; luego lo hace dar una sacudida rítmica y repentina, y al fin, con una delicadeza inenarrable, hace presa con su mano y se lo lleva, solemne, épico, como quien conduce un trofeo, hacia una de las mesillas de servicio...

### *La camarera mayor*

También sospecho que al correr vertiginoso de la pluma he mentado a la camarera mayor. Sí, lo recuerdo. La camarera mayor es una joven cenceña, enjuta, pálida, con la cara afilada, con la cintura estrecha, que camina pasito, dulcemente, echando un poco el cuerpo hacia delante, recogiendo la falda a uso señorial, con gran donaire. Y, ¿cuál es la misión de la camarera mayor? Hay ya en Cestona —y este es su mayor elogio— un comienzo de tradición, es decir, una multitud de detalles, de hechos menudos, de prácticas que van cristalizando y que son precisamente los que dan tono a un hotel; los que forman ambiente, los que hacen, en suma, que la vida en esta casa no sea lo mismo que en otra que reúne idénticas, exactamente iguales condiciones, y que en otra esfera, en una fábrica, por ejemplo, hacen también que los objetos fabricados no sean iguales a los de otra fábrica que emplea la misma materia prima y los mismos procesos técnicos...

Mas, ¿qué hace la camarera mayor? ¿Por donde está? ¿En qué ocupa sus horas, sus minutos? La camarera mayor, cuando el ronco timbre del zaguán suena, sale también al pórtico. Entonces, si el bañista que en el coche ha llegado es una señora, ella le ayuda a bajar, ella le conduce hasta la entrada, ella recibe en sus manos el abrigo, los guantes, el sombrero, el quitasol; ella se inclina atenta y le indica los cuartos que hay disponibles y el gusto que la Administración tendría en complacerla... Y, ¿dónde va luego la camarera mayor? La camarera mayor acompaña luego a la señora por los anchos corredores, por las amplias escaleras, la lleva a un cuarto, deja en las perchas y en las sillas el abrigo, el sombrero, los guantes, el quitasol, y torna a inclinarse y a inquirir discretamente los deseos de la señora. Y después sale ligera, llevando órdenes que trasmite a las demás sirvientas, y vuelve a sumirse en la penumbra grata de

la Administración, de donde otro furioso tintineo ha de sacarla pronto, para formar en el cortejo irreprochable y diligente del maletero, listo, rápido, y de Plácido, grave, majestuoso...

Con adioses melancólicos nuestro filósofo se despide de Cestona camino de Urberuaga. De nuevo lo que él llama el clásico y maravilloso paisaje vasco: “declives empinados, cubiertos de bosque húmedo, pomposo, claro, escalonadas hasta lo alto en liños y ringlas desiguales”. Ahora es la cuenca del río Deva, dejada ya el Urola, y el trayecto contempla el Atlántico, el mar Cantábrico, tan distinto al Mediterráneo. Nos da una pincelada de Motrico, la patria del marino Churruca, y luego Saturrarán, el balneario de mar y Ondárroa, la marinera. Y ya estamos en Urberuaga. Casi nada dice de él y al mismo tiempo es otra cosa, veamos:

¡Ya estamos! –grita el cochero, un viejo castellano de Medina. Y vosotros tendéis la vista por la larga carretera que blanquea entre las sombras, y veis un señor con su gorra –como en Cestona–, y un clérigo –como en Cestona–, y una muchacha ojerosa –como en Cestona–, que pasean todos –como en Cestona– a lo largo del camino, lentamente, un poco pálidos, mirando de cuando en cuando las altas montañas y las aguas muertas del río. Pero el ambiente y las figuras son otras. No, no estáis en Cestona. Y bien pronto, cuando recorréis estos pasillos, que no son aquellos pasillos, y cuando os sentáis en este comedor, que no es aquel comedor, y vais mirando discretamente los rostros, lo echáis de ver, y luego vais trasladando vuestras observaciones a las cuartillas.

Apenas dedica atención a Urberuaga y salta ya al próximo balneario vasco, el aristocrático de Zaldívar, en tierras bizkainas. Vuelve Azorín, enamorado del paisaje vasco, a hablar de ese maravilloso país vasco, que recorre feliz en una diligencia que para él parece un salón de recreo, por unos caminos bien cuidados, nada que ver con el traqueteo en tierras castellanas, con las blasfemias del mayoral y los gritos y lamentos de los viajeros, aquí todo es mullido.

Dos apuntes más relativos a los caseríos vascos y otra nota singular de Elgoibar, en Gipuzkoa:

Y este es otro de los hechos fundamentales que os sorprenden en la vieja Vasconia: habéis contemplado ya la fronda densa de sus montañas; os ha encantado ya, asimismo, la lisura y la comodidad de sus caminos. Y ahora vais fijando vuestra atención en la muchedumbre de casas de labriegos que pueblan la campiña. Y si sois venido de un país meridional, de Valencia, de Alicante o de Andalucía, una comparación inevitable se impone a vuestro espíritu. ¿Cómo son las casas en que los labradores vascos viven? ¿Cuál es su distribución? ¿Cuál es su construcción? ¿Cuál es su aspecto? ¿Cuál es la impresión que en vuestro ánimo dejan? La casa vasca la componen cuatro paredes lisas, grises, negruzcas, con un tejado rojizo, o bien son cuadradas perfectamente, o bien son cuadrilongas. Pero el hecho dominante, lo que da la impresión definitiva, es que sus zaguanes son lóbregos, que las paredes son grises, que sus ventanas son negras y que un descuido grande se extiende por sus alrededores inmediatos. Yo lo digo, y no veáis en ello amago de tibieza en mi adoración por esta gente: una campera levantina se negaría aterrorizada a penetrar en una de estas

casas. Y ella, ante estos umbrales hoscos, recordaría al punto las paredes nítidas, refulgentes bajo el cielo azul, de su casa, y el zaguán empedrado de menudos guijos blancos, y el cantarero con sus cántaros en orden simétrico puestos, y los muebles lavados y relavados a fuerza de cloruro, y us macetas de albahaca y de alielés, y el poyo limpio de la puerta y su rodal de calle barrido a la mañana y a la tarde. Pero esta campera levantina, espantada ante la idea de entrar en estas casas, habría de comprender, al fin, que el medio no es el mismo, que lo que allí es ambiente seco y diáfano, aquí es humedad que satura las paredes o lluvia perdurable que las manchurrea a todas horas; que si allí se construye con piedra blanca, sonora y arenosa, aquí la piedra extraída de las montañas es de un intenso negro; y que si allí, en fin, la alimaña empleada en las faenas agrícolas es la mula, ligera y limpia –pese a los manes de don Fermín Caballero–, aquí, en cambio, es el buey tardo, ensuciador y maloliente el que transporta las cosechas y ara las tierras

Pero sigamos en nuestro viaje por la carretera adelante. La carretera continúa con sus culebros rápidos por la altura. En el hondo, allá bajo nuestros pies, acaba de aparecer Elgoibar... Y ya hemos entrado en el pueblo: más brevemente no es posible llegar. Elgoibar, como todos estos pueblecillos vascos, es silencioso. ¿Dónde está la gente? ¿Qué hace? ¿En qué se ocupa? De trecho en trecho, en las calles aparece un viejo caserón solariego: jamás en mis correrías por Castilla he visto caserones tan nobles, tan majestuosos como éstos. ¿En qué forma expresaré yo el encanto, el misterio, la poderosa sugestión de estos caserones centenarios? He visto muros de sillares simétricos, negros; ventanas apuntadas; aleros saledizos que se juntan en ángulo abierto, vigamentos carcomidos, portaladas anchurosas, con blasones afiligranados; iglesias que –como la de Ondárroa– retratan sus viejos ábsides en las aguas. ¿Cómo expresaré yo toda la sugestión de estos caserones agrietados, cuarteados, que se esfuman sobre un cielo velado, gris, de ensueño, de vaguedad y de melancolía?... Y he visto también en los umbrales de estas casas, mujeres viejas, mujeres que os miran con sus ojuelos chiquitos, mujeres que cuando las habláis en una lengua que ellas sólo entienden a medias, os contestan, en una amena y pintoresca jerga, riendo, haciendo gestos de asentimiento con la cabeza.

–¿Se puede comer aquí?

–Sí, aquí comer, sí... –os contesta esta buena vieja a quien vosotros habéis preguntado. Y subís por una estrecha escalera. Estamos en Elgoibar. El comedor es pequeñito; por el balcón se ve la plaza; allá enfrente unos muchachos juegan, gritando, a la pelota. Y os sirven en esta fonda provinciana unos manjares recios, sanos y limpios. Al lado vuestro unos vascos parlan en esta lengua tan intrincada.

Azorín, en 1904, queda prendado de Zaldívar, un balneario que define como aristocrático, con un secreto encanto, discreto e íntimo. Si Cestona está en plenitud y lleno de ruido, mundano y rumoroso, si Urberuaga, que no le gusta, pues lo define de clínica trágica, Zaldívar es un soberbio cottage inglés. Venido a menos, olvidado de fastos y relumbrones, Zaldívar tiene para Azorín el sello de la elegancia, de la gente selecta, no le preocupa si hay aguas medicinales, el tema es interesante, ni su calidad, ni su eficacia, es secundario, y admite que la cura medicinal es fuerte e intensa en Urberuaga de Alzola y tenue en Cestona, y esfumada en Zaldívar, que tiene ambiente sosegado de casa particular, gracia, elegancia y mundanidad selecta de algunos huéspedes, no le falta, añade, lo que Leopardi reputaba por marca de distinción suprema: la *amara noia*.

Pero leamos de nuevo a Azorín:

El balneario de Zaldívar se halla en el centro de un parque inglés. Olmos, plátanos y castaños lo sombream con sus frondas; un sedoso tapiz de césped fresco cubre la tierra; corre sobre las aguas de un lago una bandada de patos blancos; y de noche, desde comienza a iniciarse el crepúsculo, una legión de ocultos y armoniosos sapos van tocando en desigual concierto sus flautas cristalinas. Un aire de recogimiento, de placidez y de intimidad se respira en este hotel: esto es lo aristocrático. Cestona, con sus anchos pasillos ruidosos, donde los niños corren, da albergue a una masa confusa, heterogénea, pintoresca; veis allí un ex ministro, un general, comerciantes, industriales, dos o tres diputados, acaso una dama misteriosa de quien la concurrencia cuchichea. Zaldívar fue un balneario famoso en otros tiempos; la gente se fue zafando de él; hay en sus salas, en sus pasillos y en sus cuartos ese algo indefinido, suggestionador, que queda en las cosas y en las personas que han sido grandes y que han decaído rápidamente. Y hoy, de aquella muchedumbre que aquí acudía, sólo vienen quince, veinte, treinta damas y caballeros discretos, callados, afables: acaso un grande de España de recio nombre –Medina-Sidonia–, o un periodista mundano que ha escrito sin querer dos o tres artículos que él se ha esforzado en hacernos olvidar luego –Esteban-Collantes–, o un madrileño de pura casta, amable, agudo, epicúreo –Canduela–, o tal vez –y esto es corriente aquí– uno, dos, tres señores meditativos, callados, que pasean entre los árboles, que no sabéis quién son y que no os dicen nada...

El eterno femenino siempre interesa a Azorín y como en Zaldívar ese mundo femenino lo conforman, desde su mirada, entre condesitas lozanas, tres aristócratas, en un balneario que lo definió como tal:

Las condesitas lozanas vienen con sus blusas blancas, blusas azules, blusas crema y blusas rosa, rostros resplandecientes, manos finas y pechos ligeramente henchidos. Son lindas figuras, la condesita Via Manuel, y las de Esteban Collantes, –Manolita y María–, la marquesita de Peña Fuente y la condesita de O’Bryen. La marquesa de Peña Fuente habla en inglés con la condesa de O’Bryen; diserta en lengua francesa la condesa de Esteban Collantes sobre el *transportateur* que allá en Bilbao cruza la *riviere* (se refiere al puente colgante decretado hace poco Patrimonio de la Humanidad); se oye una relación que una gentilísima sevillana, la señora de Lorén, hace con vivo acento andaluz; cuenta Mercedes Arechavala, una dulce cubana, los encantos de los paisajes tropicales, y para cerrar el fresco o imagen, el administrador del balneario, vasco castizo, grita desde la puerta unas frases inescrutables a unos sirvientes y en parte, ocultos en el césped, los sapos. Estos maravillosos sapos de Zaldívar cantan su melodía clamorosa: tú, tú, turú, tú.

Y para dejar Zaldívar, lo mismo que hicimos en Cestona, dos magníficas siluetas balnearias.

### Larrea

Larrea no hace nada, ni creo que tiene oculto ningún plan; es uno de esos hombres que hemos de ver en el andén de una estación, en la mesa del café que está al



lado de la nuestra, en la plataforma de un tranvía o en el pórtico de un teatro. Y es un hombre que después de haberlo estado mirando en alguno de estos sitios durante diez o doce minutos, forzosamente, no acertamos después a decir cómo era. La barba de Larrea es como todas las barbas; su pelo está cortado casi al rape, y su corbata –acaso en él más característico– es una corbata un poco anticuada: un hombre como Larrea no compra más que una corbata en la vida, y si la ha heredado, ninguna. Y tal vez esta corbata de Larrea es la corbata que otro Larrea de 1870 recibió por juro de heredad de otro Larrea de 1850. Una sensación de versos de Gabriel Ruiz da Apodaca, de disquisiciones de don Fermín de la Puente Apezchea y de novelas de Fernando Patxot, se exhala de ella...

–Sí, sí –dice suavemente Larrea–; yo me sentía mal y era que me estaba asfiando. Y es –añade– que cuando uno ha comido ya algo, se tiene más calor.

Todos miramos en silencio, con un vago estupor, a Larrea. Larrea ha comido ya algo. Larrea, en silencio, ha tragado dos entrecots, un besugo y cuatro croquetas. Comienzo a comprender, a pesar de lo dicho, que Larrea tiene un plan en la vida. Cuando traen el pollo y la ensalada, Larrea se inclina hacia una camarera y cuchichea en su oído. La camarera aporta rápidamente después una cebolla. Larrea la coge y la va desmenuzando con el cuchillo en la ensalada.

–Señor Larrea –le digo yo solemnemente–, lo que está usted haciendo merecería los plácemes del rey don Alfonso X el Sabio.

Larrea levanta la cabeza y me mira estupefacto. Transcurre un breve momento de silencio.

–Alfonso X el Sabio –prosigo yo– hace en *Las Partidas* un entusiasta elogio de las cebollas. De las tres cosas que recomienda que lleven los barcos de las escuadras, una es cebollas (para que comiéndolas, el aire del mar no corrompa los cuerpos de los marineros). Las otras dos son: jabón, para que los enemigos resbalen cuando entren en nuestros barcos; y cal, para echársela a los ojos de esos mismos enemigos y que cieguen...

Todos sonreímos un poco a la memoria de Alfonso X; Larrea sonrío también y comienza a devorar un medio pollo.

### *Un hombre misterioso*

La Bruyère, dame tu pluma.

Un hombre misterioso hay en Zaldívar. Es inquieto, nervioso, rápido. Ha escrito dos o tres artículos vagos en uno de esos vagos periódicos que se titulan *El Estardarte*, *La política* o *El Mundo*. Es senador; se sienta en los graves escaños con un gesto de frivolidad que parece decir: Yo me marchó en seguida. Y sale, en efecto, al instante, ligero y despreocupado. Se le ve en todos los lugares en que no creíamos verle; vamos a doblar una esquina en un día de lluvia; nuestro paraguas tropieza con otro paraguas. ¡Perdón!, exclamamos nosotros. ¡Perdón!, oímos decir también. Y reconocemos su voz. Salimos precipitados de casa de un amigo; un coche está en la puerta; se abre la portezuela; asoma un señor. Es él. De noche, a altas horas de la madrugada, caminamos por una calle solitaria; a lo lejos, mientras ruge el vendaval del invierno, columbramos una silueta inmóvil, con la cabeza levantada a los balcones; nos acercamos; un momento dudamos, al fin lo reconocemos.

Su fisonomía lo expresa todo en breves segundos: el entusiasmo, la afabilidad, el desdén o la ira. Hace mil combinaciones con sus trajes; lleva uno a las ocho, otro a

las diez, otro a las doce, otro a las tres de la tarde, otro a las nueve de la noche. Corre ensimismado de una parte a otra; cuando camina despacio parece que salta; cuando corre parece que vuela. Os ve, da de pronto media vuelta y se quita el sombrero, os dirige a su paso vertiginoso una palabra amable, y una vez ya alejado, vuelve rápidamente la cabeza para dirigir otra frase cortés a un amigo que os acompaña y que él no había reconocido en su aturdimiento. Todos le quieren; es rico; ama las artes, y por una bella mujer haría más locuras de las que hace...

La Bruyère, ¿porqué no me has prestado tu pluma?

Terminamos el periplo balneario vasco de Azorín con la última referencia al Balneario bizkaíno de El Molinar, en Carranza, lindando ya con Álava, en la parte más occidental del señorío de Bizkaia. Define a Carranza como balneario discreto, tan limpio, tan blanco, tan íntimo, tan discreto, donde la petición de un periódico como *El Liberal* causa un escándalo tremendo.

Su compañía es aquí la de grupo de clérigos. Los padres Miguel, Ignacio, José, Antonio, Eduardo y Desiderio. Carranza es modesto, en el dintel del portón se escribe que el año 1847 fue fundado por Rafael Guardamino, hijo preclaro de Carranza. Cuartos chiquitos y blancos, más parece una casa o fonda familiar. No hay lectura, algo de música, las seis sonatinas fáciles de Dussek, y a lo lejos dos señores jugando, bajo los plátanos, al juego de la rana, democrático y legendario al decir de Azorín. Describe las aguas como acidulo carbónicas, que curan o alivian el reuma.

Azorín no tiene aquí alegrías del eterno femenino, no hay muchachitas indóciles ni atolondradas, sólo algunas damas graves y un poco redondas, vestidas de negro; eso sí son solícitas y muy amables.

La vida en este balneario, por primera vez en nuestro autor, se resume en beber el agua salutífera, discutir, filosofar con el padre Miguel, tremendas controversias, fingiendo más que creyéndolo, sobre los grandes arcanos de la naturaleza, de Tilman Pech o sobre la mujer, la sociedad, el arte, el juego, las hormigas, el tabaco, el ocio, del jesuita Van Trich...

Siente Azorín gratuita estima por el discreto y sobrio balneario.

## BAROJA

Y Baroja ¡qué!

He dicho algo sobre la pertinencia de Baroja en este tema. Don Pío ha escrito páginas imborrables sobre Cestona; su vida como médico allí y alguna referencia, algo despectiva, sobre aquel célebre balneario.

Pero debo insistir en ese maridaje Azorín-Baroja, que tiene mucho interés.

Fueron amigos perdurables, desde que se conocieron en 1900. Recordando la amistad entre Montaigne y La Béotie, se podría decir de ellos aquello de: "somos amigos porque él es él y yo soy yo, pero los dos juntos". Se conocieron en Recoletos, al salir de la Biblioteca Nacional, y Azorín abordó a Baroja, ya que su editor había enviado al de Monóvar, su obra *Vidas sombrías*. Se trataron, escribían en los mismos periódicos, encabezaron a su generación, y tuvieron aquél gesto de visitar

la tumba de Larra. Juntos veraneaban en San Sebastián, luego Azorín llevó al escritor vasco a la Academia. Los dos estudiaron como nadie el paisaje de España. Azorín escribió más sobre Baroja, el donostiarra fue mucho más parco en expresar aquella bien cimentada amistad. Merecen leerse algunas líneas que Baroja dedica al de Monóvar:

Martínez Ruiz –se lee en él– es un idealista algo extraño, idealista como puede ser un espíritu genuinamente español. En él todo es rectilíneo; su simpatía y su odio van en línea recta, tropezando aquí, cayendo allá, sin doblarse nunca. En su alma no hay curvas, en sus sentimientos no hay matices, todo en él es claro y algo geométrico... Es impresionable hasta la exageración, y sus ojos son inexpresivos; es nervioso, y su aspecto es impasible; tiene fuego en su palabra, y su rostro es frío y su ademán automático. A esta pintura añade la siguiente referencia a su labor literaria: “Sus obras parecen escritas por algún fraile casto y sombrío que viviera en una de esas llanuras duras e inundadas de sol de La Mancha.

Y ahora los retratos, algunos bellísimos, de Azorín a Baroja:

Nos lo ofrece *Azorín* al convertir al amigo en personaje de ficción dentro del mundo novelesco de *La Voluntad* (1902); aparece allí con el nombre de Enrique Oláiz. Enrique Oláiz, así nos lo presenta, “es calvo –siendo joven–; su barba s rubia y puntiaguda. Y como su mirada es inteligente, escrutadora, y su fisonomía toda tiene cierta vislumbre de misteriosa, de hermética, esta calva y esta barba le dan cierto aspecto inquietante de hombre cauteloso y profundo, algo así como uno de esos mercaderes que es ven en los cuadros de Marinus, o como un orfebre de la Edad Media, o como un judío que practica el cerrado arte de la crisopeya, metido allá en el fondo de una casucha toledana.

Anterior cronológicamente a esta dilatada referencia novelesca de Baroja, es la semblanza que *Azorín* al saludar la edición de *La casa de Aizgorri*; en ella, el primer texto de *Azorín* sobre Baroja, se lee este certero análisis de su ya acusada personalidad: “Tengo un singular y peregrino amigo. ¿Es un misántropo? ¿Es un escéptico? ¿Es un ironista, por paradoja, finamente piadoso? No lo sé; mi amigo es, ante todo, un solitario, observador profundo, artista refinado, cauto, silencioso, perseguidor tenaz de la sensación rara, anotador minucioso de los matices de las cosas... El corazón en él es nulo; tosa su vida la gobierna el cerebro... Para mi amigo no hay goce más exquisito, más humano, más alto que el goce de conocer, de vivir todas las vidas, de pasar por todos los estados psicológicos, de gustar de todas las ideas, de experimentar todas las sensaciones...; el análisis, el espíritu de crítica mata en él la voluntad, paraliza sus decisiones, le torna perplejo, irresoluto, blando. Toda su vida está en el cerebro; por el cerebro vive y en el cerebro, y no en la dura realidad, contraste de los corazones animosos, realiza arriesgadas empresas, sorteja peligros, vence obstáculos, logra favorables éxitos.

Sobre el estilo, en 1921:

Desde luego, piensa nuestro crítico, su formación médica: “No se ha comprendido desde el primer momento que una visión de la realidad, directa, escueta, espontá-

nea, como la que tiene Baroja, no podría ser servida por un estilo que implica una sensación lejana y convencional de las cosas...; seguramente que sus estudios profesionales, los libros de Patología y de Clínica que ha leído en la Facultad de Medicina, le han ayudado mucho para desentenderse del estilo dominante en su época y llegar a crearse una *prosa de diagnóstico*, una prosa precisa, clara, exacta, incisiva, profunda; una prosa en que, cuando alcanza su grado de intensidad máxima, hay una sensación de poesía y de tristeza poderosas, inefables”. De cuantos elogios inspira a *Azorín* la literatura barojiana, ninguna más incondicional que los dedicados a su estilo: “No existe hoy en España –escribe a principios de siglo– ningún escritor más sencillo: Baroja escribe con una fluidez extraordinaria. La sensación va directa y limpiamente del artista al lector, sin retóricas complicadas, sin digresiones, sin adjetivos innecesarios”. Repite en 1941: “El secreto de Baroja es su estilo. No se ha dado tal estilo nunca en ningún escritor español”.

Baroja llegó a Cestona como médico rural en agosto de 1894 y un año escaso duró allí su experiencia relatada en su obra literaria. Antes de decidirse a ocupar la plaza hizo un viaje para conocer el lugar y ver si le gustaba. No le desagradó. En diligencia hizo el trayecto San Sebastián a Cestona, cinco o seis horas. Señala que la diligencia le llevó al balneario, y de allí, andando, fue a la villa. Fue día señalado: el 31 de julio, San Ignacio. Habló con el otro médico, su relación fue mala; luego con el alcalde, y aceptó el puesto. Cestona será para él, según confesó, el lugar donde empecé a sentirme vasco y recogí este hilo de la raza que ya para mí estaba perdido.

Su visión del balneario es negativa, se refiere a la gente que allí vive.

Sí hay un dato de interés. Cuando él estaba en Cestona, indica, estaban construyendo un edificio grande, el famoso Gran Hotel de 1895, obra del arquitecto José Grases.

En el tiempo que yo pasé en Cestona estaban construyendo un edificio grande cerca del antiguo balneario, en un sitio oscuro y sombrío. En el pueblo se creía que el nuevo edificio iba ser algo nunca visto. El arquitecto, un catalán bastante finchado, hablaba de su obra como de El Escorial

En esto trajeron algunos carpinteros de fuera del país, de que llaman de armar. Eran quince o veinte, la mayoría castellanos; pero había también, según me dijeron, algunos valencianos, aragoneses, murcianos y catalanes.

A pesar de esto, en Cestona a todos los llamaban los madrileños.

Al principio, estos obreros, bien pagados y más atrevidos que los del pueblo, como suelen ser los forasteros en país extraño, quisieron tomar parte en las fiestas aldeanas, exagerando lo acostumbrado, o queriendo cambiarlo por su capricho. Eran más audaces, más despreocupados. Los mozos se apartaron de ellos. Estos madrileños se permitieron algunos pequeños atrevimientos con las chicas del pueblo, queriendo abrazar a alguna, y varias de éstas, en los días siguientes, no quisieron salir a bailar en la plaza.

Entonces yo pensé hacer una canción con el aire de otra, del tiempo de la primera guerra civil, ¡Ay, ay, *mutillá!*, y la letra castellana la hice; pero la vasca no la pude terminar. La castellana recuerdo que comenzaba así:

Las chicas de Cestona  
no salen ya a bailar;  
las chicas de Cestona  
no salen ya a bailar,  
porque los madrileños  
las quieren abrazar.  
Ay, ay, *mutillá*.  
*Chapela gorriyá*.

Los forasteros, como digo, tenían la gracia de ser aguafiestas, de molestar y de estorbar. Ellos eran más hombres, así lo creían. Al verse desairados, empezaron a dejar en paz a la gente campesina y a reunirse los domingos en alguna taberna o venta próxima al pueblo, a jugar a las cartas y a la rana, a beber, a cantar, a tocar la guitarra y, según me dijeron, a bailar flamenco. Había uno que se distinguía en esta clase de baile, taconeando encima de la mesa.

Esto del baile flamenco les parecía a los de Cestona algo terrible y diabólico.

El aislamiento hizo que hubiera riñas entre los madrileños, y, por lo que dijeron, se formaron entre ellos dos partidos hostiles.

Yo no los conocía. No solía ir al balneario casi nunca. Los dueños eran carlistas. El otro médico también lo era, y estaba en los baños durante el verano casi siempre.

No me era simpático aquel ambiente, y acaso contribuyó a aumentar mi antipatía un encuentro poco cordial que tuve con el padre Coloma.

Díaz, el médico, me presentó al padre jesuita, con unos elogios un poco irónicos sobre mi carácter arisco y poco social y mis ideas levantiscas, que no podían ser agradables para el autor de *Pequeñeces*.

El jesuita no estuvo nada amable conmigo, y yo imité su actitud.

El padre Coloma era un tipo clásico de judío. Había en Aragón unos Colomas que eran una familia de judíos conversos. Entre la aristocracia española ha habido, evidentemente, mucho elemento judío.

Se habló después de la gente que estaba en el balneario, y no sé quién dijo aristocracia vascongada, refiriéndose a la condesa de Guaqui, parienta de la familia de Narros.

—Realmente, yo creo que no se puede decir aristocracia vascongada —indiqué yo—. Guaqui debe ser un lugar de América, y Narros tampoco es de aquí.

—Ya se sabe que entre los vascongados no ha habido nunca aristocracia —dijo Coloma con desdén.

—A mí no me duele nada eso —contesté—. Yo, de creer en algo aristocrático, creería en la aristocracia de la raza y en la de la inteligencia; pero pensar que el cuarto abuelo de uno le hubiera puesto una vez los calzoncillos o la casaca a un rey no me produciría ningún entusiasmo.

El padre Coloma me miró de reojo, y luego volvió la espalda.

Coloma andaba siempre en coche, y se le veía en un salón del hotel del dueño del balneario, sentada en un sofá y rodeado de señoras ricas; era un pequeño Chateaubriand del Urola.

Desde esta conversación poco cordial con el padre jesuita, no aparecí yo por el balneario.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Azorín. Veraneo Sentimental. Zaragoza: Librería General (Colec. Variorum), 1929. Todas las citas referentes a los balnearios vascos: Cestona, Urberuaga, Zaldívar, Carranza, proceden de dicha edición, pp. 9 a 89 y 101-107.
2. Granjel, LS. Retrato de Azorín. Madrid: Edit. Guadarrama (Colec. Guadarrama, nº 13), 1958. 320 pp.
3. Baroja, P. Desde la última vuelta del camino I. Memorias. Barcelona: Tusquets (Colec. Tiempo de Memorias, nº 55/1), 2006. pp. 439 a 477.
4. Granjel, LS. Viaje al Balneario. San Sebastián: Sociedad Vasca de Historia de la Medicina/ Medikuntza Historiaren Euskal Elkarte, 1997. 74 pp.
5. Granjel, LS. Retrato de Pío Baroja. Barcelona: Edit. Barna, 1953. 306 pp.
6. Urquia, JM. Historia de los Balnearios Guipuzcoanos. Bilbao: Medikuntza Historiaren Euskal Elkarte (Estudios de Historia de la Medicina Vasca - Monografías, nº 1), 1985. 275 pp.